

El traje de bodas¹

Una desagradable sorpresa

1. El reino de los Cielos se presenta frecuentemente en la Escritura como un gran banquete. Un momento intenso de alegría y de comunión, la gran ocasión para disfrutar de la abundancia de los dones del Señor. Ya lo había profetizado Isaías hablando de *vinos exquisitos y manjares sustanciosos*². Al margen del desprecio de los primeros invitados que tienen, aparentemente, otras cosas importantes que atender y descuidan lo principal, quisiera que en esta ocasión nos fijáramos especialmente en la parte final de la parábola de san Mateo³. Dios, representado por ese buen rey que no se desanima por el rechazo de los hombres (los invitados), que insiste una y otra vez, y que cuando al fin consigue que se llene la sala del banquete, va al encuentro de sus invitados para saludarlos personalmente con unas palabras de bienvenida.

Y es entonces cuando se da una desagradable sorpresa. Hay un invitado que se presenta sin el conveniente traje de fiesta. Los entendidos nos explican que ese traje era una sencilla túnica blanca y limpia que se distribuía gratuitamente en la entrada y que cada uno solía colocarse encima para expresar plásticamente la alegría por el acontecimiento celebrado. No ponérsela no era un simple olvido o una pequeña negligencia. Implicaba una injuria, un auténtico desprecio al rey y a toda la concurrencia. Por eso se comprende la airada respuesta del monarca: *Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta? Y la consiguiente reprensión: Átenlo de pies y manos y arrójenlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación.*

Desde muy antiguo en la Iglesia, los autores espirituales han insistido en que para disfrutar del banquete celestial, es imprescindible por una parte evitar el pecado grave y, por otra, la virtud de la caridad. *¿Cuál es el vestido nupcial?*, se preguntaba san Agustín en una de sus homilías. Y respondía: *Es este: el fin del mandamiento, dice el Apóstol, es el amor que procede de un corazón puro* (1 Timoteo 1, 5). *Este es el vestido nupcial*⁴. Y otro gran maestro (san Gregorio Magno) comentaba que si bien la fe nos permite abrir la puerta de la sala, para una presencia digna, es absolutamente imprescindible la caridad representada por el traje de bodas: *Cada uno de ustedes, por tanto, con la fe en Dios, ha tomado parte del banquete. Pero no se puede decir que lleva el traje de bodas si no custodia la gracia de la caridad*⁵.

Fe y caridad

2. Se necesitan, por tanto, las dos cosas. *Fe y caridad*, que son como las dos alas que permiten a un ave remontarse a las alturas. Escuchar la voz de Dios en lo íntimo de la

¹ Homilía en el domingo XXVIII del tiempo ordinario, ciclo A.

² Primera lectura, *Isaías* 25, 6.

³ Evangelio, *Mateo* 22, 1-14.

⁴ San Agustín, *Sermón* 90, 6.

⁵ San Gregorio Magno, *Homilía* 38, 9.

conciencia y aceptarla con docilidad, *fe*. Y, luego e inseparablemente, que esa fe ilumine nuestra conducta diaria, llevándola al ejercicio de la *caridad*. De manera que, según enseñaba san Juan Apóstol, amemos a Dios y al prójimo *no solo de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad*⁶. San Josemaría, como un eslabón más de la larga cadena de la tradición de la Iglesia, predicaba: ***Me gusta comparar la vida interior a un vestido, al traje de bodas de que habla el Evangelio. El tejido se compone de cada uno de los hábitos o prácticas de piedad que, como fibras, dan vigor a la tela***⁷.

Pienso que los que estamos aquí, este domingo al medio día, ciertamente tenemos fe. Hemos venido a la celebración de la Eucaristía siguiendo una íntima llamada que nos ha hecho el Señor: *Vengan a la boda*. Hemos abierto la puerta y estamos en el salón de la fiesta pero, ¿llevamos el traje limpio?, ¿hay caridad en nuestros corazones?

Obras de misericordia

3. Se cuenta que la Madre Teresa, todas las noches salía con sus hijas a las calles de Calcuta a recoger moribundos para darles, con todo su amor, una muerte digna: limpieza, ropa adecuada, un poco de alimento y, si fuera posible, la gracia del bautismo. En cierta ocasión comentó: *No tengo miedo de morir, porque cuando me encuentre delante del Padre, estarán para apoyarme tantos pobres que le entregué revestidos con el traje de bodas*.

Que también nosotros sepamos poner el traje de bodas a las personas que tenemos cerca. Que descubramos formas nuevas, creativas, de hacer el bien a nuestros semejantes. No creo que el Señor nos pida meter moribundos a nuestra casa. Pero, sin duda, en las penosas circunstancias en que la pandemia ha colocado a tanta gente, debemos aguzar la mirada para captar su dolor, su tristeza o, incluso, su desesperación. Que demos un poco de consuelo a quien está triste, un poco de amable compañía a quien se siente solo; consejo, orientación y buena doctrina a quien tiene cerrado por la ignorancia el horizonte de su vida... y tantas cosas más.

Sentirnos más hijos de María, rezando *bien* el Santo Rosario, nos ayudará a sentirnos más hermanos de los demás. Y a poner remedio a sus penas.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 11 de octubre de 2020.

⁶ 1 Juan 3, 18.

⁷ San Josemaría, *Surco*, n. 649.

